

Los Rostros de la Inseguridad

Clyde Soto



La inseguridad es un problema en alza en el Paraguay. En el transcurso de septiembre y octubre de 2004, varios sucesos delictivos han sacudido al país con brutalidad, poniendo en primera plana los peligros que acechan a la vida de la gente en este país.

Primero fue el secuestro de Celia Cubas, una de las hijas de Raúl Cubas, el ex presidente de la República que ocupó su cargo por siete meses antes de renunciar en medio de la crisis de marzo de 1999. Mientras Celia aún permanece secuestrada, un niño de apenas 10 años de edad, Aníbal Amín Riquelme, también fue víctima de un secuestro, esta vez con consecuencias fatales. El niño fue encontrado muerto luego de tres días del plagio, aparentemente debido a la mala administración de cloroformo por parte de los secuestradores. Otro joven de 17 años también fue asesinado, en este caso por asaltantes de su hogar, quienes a sangre fría le dispararon tan sólo porque se atrevió a levantar la mirada, pese a que habían advertido a las víctimas que no observaran lo que hacían. Y apenas estamos refiriendo los casos más graves y de mayor notoriedad en los últimos dos meses, los más visibles debido a sus derivaciones fatales, o a la cantidad de dinero puesta en juego, o a las personas afectadas, pertenecientes a los sectores económicamente mejor ubicados de la muy desigual sociedad paraguaya.

Es que no podíamos seguir soñando en Paraguay con mantenernos como la isla mediterránea que fuimos durante tanto tiempo, mientras que la industria del secuestro florece

mundialmente, sobre todo en países pobres y caóticos como el nuestro, en tanto el mundo se globaliza, o al menos regionaliza, hasta en las formas de delinquir. Esto que pasa en Paraguay ya es costumbre en Argentina y en Brasil desde hace largo tiempo. Si siempre hemos sido muy susceptibles a lo que pasa con nuestros grandes vecinos, ¿por qué habríamos de permanecer indemnes ante el flagelo de la delincuencia organizada? Sobre todo ¿por qué si, encima, la corrupción, el robo y la desprotección de la gente han sido el pan de cada día desde hace ya tanto tiempo?

La inseguridad ciudadana, ésa que ahora ocupa grandes planas del periódico, en realidad es ya bastante vieja, desde hace tiempo que está muy extendida. Eso lo saben quienes viven en los barrios más populares de Asunción, víctimas permanentes de los llamados "peajeros". También quienes viajan en ómnibus, donde los robos son sencillamente parte del cotidiano. En algunos de estos barrios suceden permanentemente "mini-secuestros", sólo que no aparecen en los periódicos



Foto de Archivo fem

ni generan enormes movilizaciones.

Lo que pasa es que la delincuencia ha crecido y se ha expandido. Ha crecido en pretensiones, pues algunos de sus protagonistas pasan a soñar con un gran golpe, en vez de las pequeñas raterías que dejan ganancias mínimas. O quizás ha ganado adeptos más calificados, nuevos adherentes que ven en la actividad delictiva una forma rápida y fácil de dar un gran salto hacia la riqueza. Se ha expandido en sus consecuencias, desde las bases de la pirámide social hacia sus cúspides, desde los mayoritarios sectores empobrecidos e históricamente desprotegidos hacia los sectores privilegiados que nunca habían tenido que preocuparse (al menos no tanto, al menos no de esta manera) de su seguridad cotidiana. A la vez, se ha sofisticado. Hoy existe delincuencia para todos los gustos, de todos los colores, de la chica y de la grande, para pobres y para ricos, se ha "democratizado". Se trata de un mercado en expansión, con empresarios ocultos y con clientes forzados a convertirse en tales. Pero, al fin y al cabo, clientes. La ciudadanía paraguaya se ha convertido en clientela cautiva de la delincuencia.

Y lo que también pasa es que ahora, cuando la cosa va más allá de quienes siempre han estado desprotegidos, cuando la delincuencia se vuelve grandilocuente, aparatosa y pretenciosa, el problema pasa a ser un problema público, una preocupación para los gobernantes, un motivo de grandes movilizaciones, una razón para el grito al cielo. Recién allí estuvo la gota que colmó el vaso. Y no está mal

que se convierta por fin en un asunto público, ya que de alguna manera esto puede llevarnos a generar, de verdad, alternativas de solución. La pena es que para eso se haya requerido llegar a tantas víctimas, que se haya dejado pasar tanto tiempo, tanto que la insensibilidad o la desesperanza ya se fue apoderando de gran parte de la población.

MOVILIZACIÓN Y DEMANDAS

La seguidilla de secuestros y muertes motivó la reacción ciudadana, con una serie de manifestaciones convocadas por los colegios privados a los que asistían dos de las víctimas mencionadas, con apoyo de varios sectores organizados de la sociedad. Aunque las convocatorias fueron masivas, y pese a que el tema preocupa al conjunto de la ciudadanía, fue notoria la falta de presencia colectiva de varios sectores sociales de envergadura. Posiblemente, aunque el tema preocupa y desespera a parte de la población, todavía no se han configurado demandas que de verdad convoquen a todos los sectores afectados por la inseguridad. Es también probable que parte importante de la ciudadanía no se sienta convocada cuando un delito grave sacude a la opinión pública debido a la visibilidad de la víctima, dado que el plan de cada día son otros muchos crímenes de los que nadie se entera o por los que nadie se moviliza.

Los reclamos hechos en las movilizaciones fueron diversos, pero la nota predominante -o al menos la que más espacios e impacto obtuvo en los medios- estuvo dada por los pedidos de restricción de las medidas sustitutivas a la prisión, de endurecimiento de las penas carcelarias y de reedición de la pena de muerte. Otras demandas fueron la puesta en marcha de un plan de seguridad ciudadana y la depuración de la Policía Nacional y de la Fiscalía. Más tíbicamente, también se plantearon las cuestiones socioeconómicas que hacen

de cimiento a los hechos delictivos y a la inseguridad, principalmente para una gran parte de la población.

Pero la resonancia de la "mano dura" ha sido la más persistente y es muy probable que sea la que mayores adhesiones genera entre la población. Incluso la pena de muerte, que en sí constituye una inadmisibles violación a los derechos humanos, es traída a escena cada vez que se produce un nuevo suceso de características espectaculares. Mucha gente cree que con unas cuantas muertes selectivas se puede acabar el problema, posiblemente sin recordar o sin que le preocupe el desastre en que puede resultar la pena máxima con un sistema de justicia tan corrupto e incompetente como el que tenemos. Ojalá no tengan ocasión de comprobar cuánta equivocación hay en esta idea.

Es que a primera vista la solución más fácil es la de la "Mano Dura", aun cuando esté ampliamente demostrado que no son las políticas de endurecimiento de penas las más adecuadas para frenar el problema, dado su alto costo y su manifiesta ineficacia. La prevención cuesta menos y produce mejores resultados, pero requiere de mayor esfuerzo, de más coordinación entre actores, de más compromiso del gobierno, de un importante ejercicio prospectivo y de planificación. Da más trabajo, pero es más barata y es mejor.

QUIÉN LE PONE EL CASCABEL AL GATO

Mientras la población se rasga las vestiduras por la creciente inseguridad y se demandan políticas y acciones a las autoridades, no podemos dejar de pensar en otra de las cuestiones centrales para el tema: ¿dónde están los enemigos? ¿dónde los amigos? La complicidad de policías con delincuentes no es cosa nueva en el Paraguay, pero en la medida en que crecen los hechos delictivos también parece crecer esta oculta alianza. Es un verdadero callejón

sin salida: necesitamos dar más recursos a los delincuentes. Y algo parecido pasa con la Fiscalía. Se requiere que actúe con firmeza y que produzca resultados, pero no nos queda más que desconfiar de la limpieza del funcionamiento público ocupado en esta instancia. Y también para eso con el sistema penitenciario, y con tantas otras instancias estatales. Claro que, como siempre, hay honrosas excepciones, pero el conjunto deja mucho que desear.

Pedimos seguridad al Estado porque es así como debería ser, pero cuando el Estado es generador de inseguridad, ¿a quién le pedimos y qué pedimos?

Para empezar a dar soluciones reales, el Paraguay tiene que perder la ilusión de que el problema de la inseguridad será resuelto con unas pocas migajas o con remedos de políticas públicas. Tiene que darse cuenta de que a la delincuencia se la debe perseguir en todos los frentes. Tiene que relacionar al problema con los demás flagelos que azotan al país y actuar coordinadamente contra todos ellos. Tiene que convencerse de que la pobreza y la inequidad son el mejor caldo de cultivo para la inseguridad, por lo que es necesario erradicarlas.

La seguridad humana significa mucho más que cárceles enormes o delincuentes eliminados. Si hablamos de seguridad ciudadana debemos pensar en una vida libre de amenazas graves a los derechos de cada persona, libre del peligro de la extrema pobreza, libre de peligros inminentes o eternamente presentes, libre de riesgos para la libertad o para la vida. Sólo el conjunto de estos elementos puede dar cimientos para la construcción de una verdadera seguridad ciudadana, unos dependen de otros. Si nos despreocupamos de alguno de ellos es muy posible que nunca tengamos los demás.

Tomado de Informativo Mujer, Año 6, No. 71.